

088. Los Mártires de Uganda

Habrán muy pocos casos entre los Mártires modernos que llamen tanto la atención y que se lleven tanto cariño como los Mártires de Uganda. Estaba ya en sus últimas el siglo diecinueve cuando empezó la evangelización de esa nación en el corazón del África. La fe católica prendió como una llamarada. ¡Y qué cristianos tan magníficos aquellos negros de la selva!

El joven rey Muanga —al principio muy favorable a la nueva religión— está a punto de caer en una conjuración, y para mayor seguridad se rodea de cristianos, los súbditos más fieles y de los cuales se puede fiar del todo. Pero el primer ministro, que ve minada su influencia y cómo se van a perder sus negocios, convence al rey de que esos cristianos católicos le van a minar su poder, y, además, no le van a servir para disfrutar de la vida como el rey desea: esos jóvenes cristianos que forman la corte no se prestan para la lujuria de un rey homosexual.

Y aquí estuvo todo. Mal aconsejado el rey, y ante la negativa de sus jóvenes cortesanos a satisfacerle sus bajas pasiones, decreta la persecución sangrienta: han de morir todos *los que rezan*. Se ha hecho famosa, y se comenta tanto, esta definición de los católicos negros ugandeses: *Los que hacen oración*.

Nunca se ha podido saber el número de los que cayeron bajo los más atroces tormentos entre los años 1885 y 1887. La Iglesia ha colocado en los altares sólo a veintidós, casi todos jóvenes de la corte del rey.

José Mukasa, joven de veinticinco años, consejero y mayordomo del rey, es el primero en caer bajo la espada.

Ponziano, con cuarenta y cinco años, tiene un cargo importante en la guardia del palacio real. Se confiesa cristiano, y lo matan cortándolo a pedazos.

Matías, de cincuenta años, fue primero mahometano, después protestante, y finalmente católico. Había educado a sus hijos en la fe católica. Era juez, abandonó su profesión y se dedicó a propagar con ardor la religión católica. Llevado a un lugar solitario, sufrió una muerte horrible. Atado a un árbol, los verdugos le cortan las manos y los pies, le arrancan pedazos de carne en la espalda, asan todo sobre la hoguera ante sus propios ojos, y lo dejan así durante tres días para que muera totalmente solo y abandonado.

Andrés, otro mártir singular. Durante la peste ha asistido con caridad heroica a los enfermos. Catequiza a muchos e intenta bautizar a los hijos del primer ministro, que exclama: *No ceno esta noche si el verdugo no me trae antes cortada la mano de Andrés*. Y detrás de la mano, ¡claro está!., vino el corte de la cabeza.

Juan María, hombre de gran prestigio y gran liberador de cautivos a los que catequizaba, no quiere huir. Se presenta al rey, que lo remite al primer ministro: *No, yo no me escapo. Yo no reniego de mi religión católica*. Entonces el ministro ordena sin más: *Que lo lleven a su propia finca, y lo arrojen en el estanque para que muera ahogado*.

Noé sufre también un martirio especial. Se da la orden: *¡Al bosque!* Lo despedazan y lo dejan para que se lo coman los perros. Y así, tantos otros martirios solitarios.

Pero está el grupo de los trece jóvenes de la corte del rey, tan notable y que ha arrancado siempre tanta admiración. Al frente de ellos figura **Carlos Lwanga**, joven de veintiún años, muchacho de toda la confianza del rey y que ocupaba los cargos más delicados. Hasta que vino la solicitud del rey: *¿Quieres, sí o no?* Y como Carlos se negó en redondo a satisfacer los deseos lujuriosos del monarca, fue arrojado al calabozo. Era el primero que entraba en la prisión, porque pronto le iban a acompañar los otros compañeros que se enfrentaban al rey en sus pretensiones impuras.

Mugagga de dieciséis años y **Gyavira** de diecisiete, aún no están bautizados, y Carlos Lwanga derrama sobre ellos el agua del Sacramento.

Mugaba Tuzindé, bautizado también en la cárcel por Carlos, recibe la visita de su padre, el más terrible de los verdugos, que le pide antes de que fueran todos al suplicio: *Hijo mío, mira la que te espera. ¡Reniega de la religión católica!* Era inútil. Mugaba responde valiente: *Prefiero perderlo todo, antes que renegar de Cristo.* El padre, valiéndose de su influencia, encarga a uno de los verdugos: *Cuando esté en el suplicio, le das un fuerte golpe en la cabeza para que pierda el sentido y no sufra tanto.*

¿Y **Kizito**? Era el más joven de todos, trece años nada más. Pero fue el más valiente, pues él se encargó de animar a todos cuando alguno empezaba a flaquear. Y, al ser llamados para ir al tormento, les pide: *-¡Agarrémonos las manos! Así iremos más seguros y nos ayudaremos si alguno desfallece.*

En el camino, algo sorprendente en un muchacho de la corte del rey. **Mukasa** ve pasar a sus compañeros, y es preguntado por uno de los verdugos: *¿Eres tú cristiano también?* El muchacho no se lo piensa más: *¡Sí, yo cristiano!* Era cierto; se preparaba, pero aún no estaba bautizado. Se mete entre los condenados, y, en vez del bautismo de agua, va a recibir el bautismo de sangre.

Llevados los trece al lugar de la ejecución, son atados cada uno en un poste sobre la leña, y encerrados en una red de cañas. Se prende la llama, que sube poco a poco, porque han de morir a fuego lento. Los verdugos contemplan ahora un espectáculo insospechado. No se oye ni un grito de dolor, ni una queja. *Los que hacen oración*, como ellos los llaman, no hacen sino elevar plegarias al Cielo...

Así se extinguen las vidas preciosas de los Mártires de Uganda.

Pasa muy pronto la persecución, y los católicos se multiplican por miles y miles, hasta constituir en su tierra una de las Iglesias más florecientes de Africa, que tantas almas está enviando al Cielo.